

# El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

## TEATROS.

En nuestro número anterior prometimos hablar con alguna mas estension de las tres funciones teatrales que allí indicamos, sin perjuicio de cualquiera otra novedad que ocurriese. Cumplimos ahora nuestra promesa en cuanto nos lo permite la estension de nuestro periódico, y con tanto mas motivo cuanto que no tenemos novedades de mayor cuantia que añadir.

Poco hay que decir de *I Puritani*, despues de indicar que la Gamarra ejecutó la parte de Elvira con inteligencia y logró merecidos aplausos. Miral sin que sepamos por qué cantó la cavatina con un encogimiento y tan escasa voz, que no produjo ningun efecto. Callariamos esta circunstancia sino nos constara lo que Miral es capaz de hacer y que solo un miedo muy fuera de camino é inoportuno puede privarle de lucir sus recursos y de alcanzar aplausos. Género no cantará jamas en Madrid bien *I Puritani*: la razon la sabe el público.

*La muger de un proscrito*, drama de Soulié ó de quien fuere, tuvo mediano éxito en el teatro del Príncipe. Dijonos el cartel que la traduccion está hecha por un distinguido literato: librenos Dios de negar tal cosa, puesto que no sabemos quien sea el traductor y que acaso tenga muchas y esquisitas obras que tal renombre le hayan alcanzado. A nosotros solo nos compete decir que la traduccion de *La muger de un proscrito* es fatal, y el puritano folletinista del *Correo nacional* que á guisa de imparcial sacude á diestro y á siniestro con tanto brío, pudo muy bien haber notado que no está hecha con tino y esmero, como dice, y que se resiente de muchos mas defectos que el de falta de práctica.

Cierto que el traductor del drama ha manifestado entender muy poco de achaque de traducciones; y que no es necesario ser tan sobresaliente en el ramo como lo es el folletinista del *Correo nacional* para notarlo; puesto que la insoportable

pesadez del original debió desaparecer en la traduccion acaso hasta el punto de quedar reducida á un número menor de actos, con otras cosas que están bien á la vista. Pero no es este el solo ni el mayor pecado que puede achacarse á la traduccion, y si el señor de la V, que la halla hecha con tino y esmero, quiere que la mostremos en ella abundante copia de galicismos, lenguaje duro é incorrecto, dialogo inconexo y respuestas que no corresponden á las preguntas, estamos enteramente á sus órdenes. Cuando se levanta una ponderada enseña de imparcialidad es necesaria mucha cautela y tener siempre presente el *Amicus Plato*.

Si el lector ha formado una idea justa de lo que es el drama *La muger de un proscrito* por lo que dejamos indicado, hallará que el no haber tenido éxito del todo infausto se ha debido en parte á algunas escenas interesantes en el fondo y al talento de los actores que la desempeñaron. No descenderemos á pormenores de ejecucion porque el drama no lo merece; pero sentamos el hecho porque la justicia lo exige.

*Le Nozzedi Figaro* del maestro Ricci es una ópera que con todos los defectos que se han notado por personas entendidas, pero que acaso miran demasiado al éxito y forman su opinion *apres coup*, nos parece á nosotros que pudo y debió gustar al público, sin una reunion de circunstancias que lo estorbó. La parte mas esencial de estas circunstancias y que depende de la disposicion del ánimo de los espectadores, necesita capítulo aparte y no puede hallar cabida en los estrechos límites de este artículo; y entre las que ahora podemos mencionar daremos el primer lugar á la visible indisposicion de la Mazzarelli, que la impidió cantar su interesante parte como hubiera podido hacerlo, añadiremos el miedo que Género ha adquirido no sabemos si con razon ó sin ella, y recordaremos ciertas desafinaciones de vez en cuando que obrando sobre elementos dispuestos completaron la obra. Por lo de-



mas, Salas desempeñó su parte con aquel inimitable talento cómico y aquella inteligencia que no nos cansamos de admirar. La Mazzarelli estuvo viva y coqueta como su papel exigía, y Reguer caracterizó el suyo con acierto. Llamómos la atención la propiedad y lujo de los trages y lo notamos con tanto mas gusto cuanto que sabemos los esfuerzos que debe hacer la empresa para lograr tal resultado.

En el teatro de la Cruz dieron noches pasadas principio á sus trabajos los hermanos Turín, presentándose por primera vez el *grotesco* Mr. Rabel. Este recibió multiplicados y justos aplausos del público; y sentimos no poder estendernos á hablar de los demas pormenores de la funcion que verdaderamente merecen notarse.

Nos anuncian la comedia original *El Cuarto de hora*. El nombre de su autor que por miramiento no publicamos es ya poderosa recomendacion. Veremos.

### Chismografía madrileña.

#### LOS PROGRESOS DEL BUEN TONO.

Una pregunta  
doña Teresa,  
¿cuando meamos  
á la francesa?

PRINCIPE.

Si hace algunos años me hubiese yo apeado con un artículo que llevase por epígrafe el del presente, se hubieran indudablemente arremolinado en rededor mio cuantos músicos, médicos y campaneros oyese las notas, pulsaciones y ecos de mis palabras, y no porque ninguna de estas profesiones guarde relacion entre sí, sino porque á las tres juntas y á cada una *insolidum*, era y es aplicable la voz *tono*, cuyos progresos vamos á examinar aunque muy de paso.

*Tono* es la espresion uniforme con que el músico demuestra el en que se hallan las diferentes claves que conoce, escepto la de los mostones de que todos somos profesores; y *tono* es así mismo el de los instrumentos y armoniosas voces: *tono* dice el médico, por el estado contrario al de la debilidad; y *tono* el campanero por el del vocinglero vaso de metal, inventado con laudable fin para congregarse en el templo á los fieles, pero aplicable con siniestro intento al desvelo de los enfermos, y al tormento de los sanos en las horas de reposo.

Esta significacion tenia el *tono* en nues-

tro idioma, en aquellos tiempos bárbaros y de oscurantismo, en que para ver de noche necesitabamos del auxilio de las luces, porque el siglo no las daba como el presente, en que merced á la gigantesca ilustracion que se ha difundido, todo es claridad que derrama torrentes de luminarias por las acciones en que nos ocupamos, escepto, como conocerá el pio lector, en los manejos de oro y plata, porque la dureza de los metales no permite á la luz impregnarse en su centro. Yaqui entre paréntesis ó fuera de él, estoy obligado á vindicarme con los que por estas reflexiones me juzguen producto del siglo XVIII, supuesto á que ya iban transcurridos algunos años del actual, cuando yo vine á el mundo, donde permanezco por la gracia de Dios, entusiasta de las costumbres de mi patria, y cual verdadero español, voto al diablo, sin mezcla ultramarina, transpiracion ni gabacha, como sin la de moros, judíos ni otras sectas reprovadas, se dice en las pruebas judiciales y demas informaciones.

En *tono* pues se hallaban los extremos referidos al principio de mi cuento, cuando nos descolgamos con la célebre noticia de que la sociedad estaba *entonada*; y como en la corte conocemos por sociedad á cierta clase de sus habitantes que para ello alegan en su favor la honorífica circunstancia de vivir en mas altos barrios, es fácil presumir que la sentida espresion médico-música no alcanza al pueblo bajo considerado por los partidarios del *entonamiento*, cual si fueran los cafres de la pequeña esfera de la capital, y en parte no sin fundamento, porque esta clase de gente si se *desentona*, tiene un método mas brusco de *entonarse*, á costura de navaja ó á punto seco de garrote.

El *tono* con sus subdivisiones de alto y bajo ha fijado su domicilio en las clases acomodadas de la sociedad, formando de él un ídolo ante cuyas aras se sacrifican con frecuencia la dignidad, los cortos haberes, y hasta el honor, para engalanarse con una triste prenda de adorno, distinguirse con una afectada y ridícula contorsion de cuerpo, recomendarse con una ilustracion que se desconoce y blasonar de cuna y riquezas, para elevarse entre tamaño herengenal á una altura mas superior de la que disfrutaban los demas hombres, que si carecen de tantos requisitos, tienen al menos la apetecida filosofía para despreciar á quien fuese capaz de envernecerse con tan mezquina farsa. ¿Qué es ver al erguido magnate olvidando los diplomáticos asuntos pasar las horas enteras almirándose al espejo, para presentarse engolillado y con *tono* en la audien-



cia que de él aguarda el misero pretendiente necesitado de pan, mas que de la vista de los peregriles del buen señor? ¿Qué del literato que desconociendo la posicion que le dan sus conocimientos malgasta los dias en descrédito de su gloria y perjuicio de la república literaria, con encotillarse, rizar sus lacias melenas, entrar á torno su pantalón y robar el calor que debe de inspirar las ideas á su cabeza con el estímulo de su prieto calzado? ¿Qué del artista que mal avenido con su suerte quiere lucir á par del propietario, abandonando su taller, para arrastrarse al ridículo á que necesariamente le conduce el ansiado *tono* y el afán de distinguirse? ¿Qué del aristócrata escavo de la moda y afeminado que disipa su caudal en *tónicos* objetos, mientras sus pobres criados carecen del salario, que ganan con tanto sudor, humillacion, esclavitud, y sufrimiento? ¿Qué del empleado que contrayendo acreedores quiere hacerlos partícipes de la trampa que el gobierno tiene con él en los sueldos, sin otro motivo que el de parecer en su sentir como un fino brillante en el seno de las preciosas piedras de la *entonada* sociedad? ¿Qué en fin, del que deudor á su buena estrella de una felicidad que no acompañó á su nacimiento, se olvida de sus principios, se *entona* y ensoberbece para vejar y fulminar el desprecio contra él mismo cuya planta tal vez besó algun dia?

El lujo mas ó menos grande, siempre fue asunto de esta nacion, de la otra y de la demas allá, pero principalmente admitido en el bello sexo que suponiendo hallar aumento en sus gracias y realce á sus atractivos con el artificio y la compostura, estuvo dispensado de toda critica. Pero si al sexo bello se le permitió este atavio en proporcion á sus circunstanCIAS, no así al *sexo feo*, cuyo adorno consistia muy singularmente en el modesto aseo, la ilustracion y la honradez.

¡O tempora ó mores! siglos bárbaros en que nuestros abuelos albergados bajo el peso de su cumplida chupa, casaca de alzacola y enorme pelucon, ignoraron las delicias del *gran tono*, porque conservaban el suyo perpetuamente en la escala regreave. Entonces no habiamos aun recibido los consejos, las lecciones y la industria de la vecina Francia, que dió á nuestra sociedad un rumbo muy distinto del que antes tenia, y nos inculcó sus primorosos descubrimientos no con lanceta á segunda sangre, sino por el agradable medio de la ciencia *contradanzaria*, cuyos elementos describió con tanto acierto y maestria el célebre don Preciso. Con las influencias de un *cedazo*, de un *curacol*,

de un *latigazo*, de un *molinillo*, de un *barrilete*, de una *cadena*, de unas *esquinas*, de un *bure*, de un *mecheté*, y de un *ocho*, *medio ocho*, *ocho doble*, *ocho por fuera* y *ocho por dentro*, empezó el *tono* á hacer entre nosotros sus mas rápidos progresos, y nuestros hombres convertidos en mímicas miniaturas, degeneraron por entonces de la especie española, dando lugar á distinguirse con la denominacion de *señoritos de ciento en boca*, y sus deliciosas *Duleineas* con la de *madamitas del nuevo cuño*.

¿Y qué se estrañarán vds. de que los transpirinaicos señores nos hiciesen partícipes de sus adelantos con el estímulo de sus danzas? pues no hay de qué admirarse, que si entonces les dió por bailar, despues lo ha sido por escribir, pretendiendo representar á la sociedad entre venenos, puñales, maldiciones, prostituciones y adulterios, de cuya epidemia nos ha hecho partícipes este espíritu de imitacion que abrigamos; y si en aquella época nos convirtieron en *currutacos-pirracas*, en esta lo ha sido en románticos y partidarios del *alto tono*. Por el *gran tono* concurren muchos á los templos, no á solicitar del cielo el alivio de las necesidades que cada cual ha menester, sino atraídos del cebo de la música y de las apreturas y encontronones, tan incómodos para unos y tan dulces y estimulantes para los otros: por el *tono* se acordonan las puertas de las iglesias en las festividades, para hacer á las muchachas señas, y gracias que de señas no pasare: por el *tono* se llevan los coches á carrera por las calles, atropellando á diestro y siniestro, sin que haya policia que baste á contenerlo: por el *tono* se talaria en la ópera al compas de la orquesta, formando una *gatuna* armonia: por el *tono* se silva por una camarilla, el drama que el infalible juicio del público hubiera tal vez aplaudido: por el *tono* se aumentan las deudas y se disminuyen los bolsillos: por el *tono* se recomienda una mala traduccion y se pronuncia una pesada burla, contra el que en la critica época del carnaval busca la distraccion en un disfraz. Y por el *tono* finalmente, se asiste á un baile con espuelas y botas de montar y se habla de todas materias, particularmente de las de politica, sin entenedr de ellas ni una jota.

Estos son pues los progresos del *buen tono* en la sociedad, con otros muchos que no bastarian á contenerse en un libro de coro dominico. Nuestra eterna fisgonería nos lo pone á la vista en cada movimiento ó paso que damos, porque tenemos hecho voto solemne de *chismografía* lo propio y lo ajeno, y porque nos



esceptuamos con muy buena voluntad de admitir mas *tono* que el acorde de la música, ó en las indisposiciones físicas el de los tónicos medicamentos.

*El Fisgon.*

## El Diario.

### ARTICULO PRIMERO.

*On ne doit attaquer certains ridicules qu'avec la plus grande circonspection:*

L'HERMITE DE LA CHAUSSE D'ANTIN.

Cosa estraña y muy estraña es por cierto que nuestra España actual, hambrienta de modas y de fruslerías transpirináticas, no haya adoptado una costumbre que empieza á ser ya general en Paris, y aun en Londres entre las damas de tono; y de aquí concluiríamos consecuencias favorables respecto á la manía de importacion estrangera que nos domina; si no estuviésemos plenamente convencidos de que la costumbre, que hoy nos pone la pluma en la mano, empieza ya á introducirse en nuestra capital; verdad es que hasta ahora pudiéramos decir que se introduce de contrabando, si el contrabando se hiciera á escondidas, pero no es menos cierto que se introduce: á lo menos podemos presentar una prueba que bastará para convencer al mas incrédulo. Pero digamos ya algo de la tal costumbre y dejemos la prueba para después.

Todos sabemos lo que es un *album*, la voga que este mueble ha tenido en Europa y las contribuciones forzosas que ha exigido de todo mortal que por su desgracia publicaba no ha muchos años, una novela, un tomo de poesías, ó un simple artículo de periódico. Tampoco ignoramos que la moda del *album* ha muerto, y que así como antes el *album* era una prueba de talento y de ilustracion para la persona que lo poseía, hoy es emblema de retroceso, es una antigualla, solo comparable á los sombreros de teja de nuestros sacerdotes, que aun subsisten, como subsiste el *album*, sin prestigio, sin inspirar respeto ni veneracion. Y no achaquemos la muerte prematura del *album* al falso principio de que *todo pasa en este mundo*, porque cosas hay en el mundo que no pasan, y eso que son bien antiguas. Achaquémosla á nuestra propia inconstancia, que nos hace mirar hoy con desprecio lo que ayer buscábamos con furor, pues no quiero adular á la especie humana hasta el punto de creer que

cada dia tenga necesidad de nuevas cosas, si ha de subsistir.

Lo que no tiene duda es que, bien por nuestra culpa, bien por la suya, el *album*, semejante á una muger hermosa de que todos hablan, ha perdido enteramente el crédito y la estimacion. Todavía andan por ahí algunos de esos libros medio en blanco, espuestos á caer entre las manos de los que ahora empiezan la carrera, y que no hallando cabida en otra parte, se consideran dichosos si pueden llenar sus páginas. Pero no consideran que las amables *Editoras* de los *album*, las que no han quemado los suyos ó arrancado sus hojas para envolver dulces, se rien hoy de las inspiraciones de la adulacion, y que para saber que son hermosas, encuentran mas poesia en el espejo que en todas las trovas escritas y por escribir. Por eso no pagan ya con dulces sonrisas al poeta los divinos atractivos que les presta, porque ya saben ellas todo lo que el poeta escribe antes de leerlo.

Pero en esta época las mugeres (y permítanme que les dé este nombre, que no es tan vulgar como piensan) han llegado á tal altura, que es imposible se circunscriban estrictamente á lo que nosotros, tiranos suyos, llamamos deberes del bello sexo. Yo no sé cual es el motivo, si la educacion ó el progreso del siglo; tampoco me empeñaré en disputar si hacen bien, ó si hacen mal, porque todo en la tierra tiene sus inconvenientes y sus ventajas; lo que sí digo es que hoy las mugeres saben mucho mas que antes, son ya algo en la sociedad, y la sociedad les debe muchos adelantos.

Por ejemplo, no solo sienten ahora las mugeres como en todos tiempos, ó acaso mas, ya que no mejor sino que tambien saben espresar lo que sienten; esto en ellas quiere decir que no pueden contentarse con sus propias sensaciones sin comunicarlas, y como no han de abrir su corazon al primero que encuentren, nada mas natural que tratar de adquirir un medio de perpetuar sus placeres, sus disgustos, sus inclinaciones, esto es, un medio de acordarse mañana de todo lo que han hecho ó pensado hoy. Este medio es la costumbre de que hemos hablado antes inventada en Paris hace muchos años, costumbre que pocas damas siguieron á su aparicion, y que vuelve á reproducirse entre ellas con afan, siguiendo el mismo curso que siguen todas las modas; el círculo de rotacion.

Esta nueva moda se llama *El Diario*, y es un completo vice-versa del *album*. Con efecto este es grande, y de figura de papel de música; aquel pequeño y por lo



regular semejante á una cartera; ha de tener como esta su broche y la cubierta de tafete, y sin el nombre de la propietaria, para que nadie sepa de quien es, si se deja olvidado en alguna parte. Esta circunstancia es indispensable, sobre todo si el *Diario* pertenece á una casada, á fin de que si el marido indiscreto lo abre y encuentra confesiones algun tanto desagradables, se pueda decir, que es de una amiga íntima.

Por lo demás el *Diario* debe estar siempre debajo de llave y nadie ha de sospechar su existencia; es decir, puede saberlo v. g. un amante ó cosa parecida, para el cual se haya escrito algo que no puede decirsele cara á cara. Tampoco al amante se le dá el *Diario*, en mano propia; para esto hay mil medios. Se le pregunta si ha leído tal novela en tres ó cuatro tomos: si dice que no, se le envía á casa la novela por la criada; sabido es que el *Diario* remplaza al segundo ó tercer tomo por equivocación ó torpeza de la muchacha, y dos ó tres horas después, vá esta llorando por los regañones del ama, á deshacer el cambio. También se puede dejar caer el *Diario* con intención en la calle ó al entrar en la iglesia, cuando el amante vá por detrás, pero este medio es mas espuesto. Lo mejor es tener el *Diario* sobre la mesa, si se le vé dirigirse á casa, y hacerle esperar un rato, en tanto que la señora se compone para presentarse.

Es inútil decir que para exigir tantas precauciones, el *Diario* es la conciencia; en él se depositan los secretos con fidelidad; ni una mentira debe empañar sus hojas; lo que se hace, lo que se ha hecho, lo que se piensa hacer y nada mas. El que llega á leer el *Diario* de una dama, debe creer que lee su corazón.

La mejor hora de escribir en él es aquella en que el marido ó la madre han salido de casa: si alguien llama á la puerta, se cierra el *Diario* y se guarda; porque este libro es la reputación, la honra de una familia entera. En la primera página se pone el año, aunque algunos lo tienen ya impreso, después se tira una línea, mas abajo, dividida en dos, que dejan un claro en el centro de la página, para poner el mes y día, lo mismo que se acostumbra en las casas de comercio con los que también se llaman *Diarios* y con los *copiadores de cartas*. Nunca se escribe en el *Diario* el nombre del marido, ni el del amante, porque pueden resultar de aquí graves inconvenientes, á menos que la dama no sea de aquellas que siempre están de humor para provocar un desafío ó un divorcio: si pertenece á

dicho número, puede escribir en el *Diario* todos los nombres que quiera, con sus pelos y señales.

El *Diario*, según lo que llevamos dicho no se escribe para el público: es una memoria que se dedica á la vejez ó á la muerte, un monumento levantado al orgullo por el mismo orgullo despechado ó satisfecho. Así no necesita colaboradores, pero sí buen estilo en el único que lo redacta, porque tarde ó temprano hará parte de la crónica escandalosa; algun día se ha de leer.

La invención del *Diario* tiene, como va hemos dicho, muchos años de fecha, pero pocas veces se ha empleado en el nuevo uso que empiezan á darle las damas. Es regular que nunca se hagan en Madrid *Diarios* con este objeto, pero nuestras elegantes, nuestras *incomparables* los piden ya á *Paris*. La casualidad puso en mis manos uno hace pocos días; la casualidad y no otra circunstancia, pues ignoro á quien pertenece: le hallé en el *Retiro*, dentro de un magnífico bolso de señora, y por si hay alguna que desee reclamarlo, espero me dé las señas de éste, que yo daré á continuación las de *El Diario*.

Solo tiene escritos los sucesos de tres días: la mayor parte de las hojas están pegadas, se conoce que es nuevo: cuando se llenen.... á juzgar por las primeras.... ¡Pobre muger!

Andresillo.

### Costumbres del pueblo inglés.

La embriaguez vá desapareciendo rápidamente de las clases superiores de Inglaterra. En el día es de muy mal tono, alegrarse hasta dormirse en la mesa, y aunque no sea raro encontrar por las calles de Londres, hombres y mugeres bien vestidos con la vista turbada, y andando á tropezones, se puede asegurar, sin embargo, que estas personas no pertenecen á lo que se llama la clase respetable. No quiere decir esto, que las buenas matronas y que las ancianas solteras pertenecientes á buenas familias, de la clase media de comerciantes retirados, no disfruten con bastante frecuencia, especialmente por la noche, del regalo del *gin*, pero esto lo verifican en el interior de sus casas, y después de cenar, y si se turba la razón, no tienen importunos testigos, porque los hijos están durmiendo, y siempre les quedan bastantes fuerzas para marcharse por sí solas á acostarse. A la mañana siguiente amanecen con do-



lor de cabeza, pero como el clima de Londres es tan malo, esto no causa estrañeza. Pecado oculto, pecado medio perdonado.

Pero al paso que la embriaguez va desapareciendo de las clases superiores de Inglaterra, se propaga con una rapidez increíble en las clases pobres: parece aumentarse este vicio en razon inversa del bienestar, y si continua en el estado actual, no tardará en ser la causa funesta de decaimiento de la prosperidad. Un trago de *gin* produce el efecto de un cordial en un estómago vacío, y le aplaca el hambre, y remedia temporalmente la necesidad, y como produce este efecto inmediatamente, les es mas fácil recurrir á él que para comprar un pedazo de pan; tambien se mitigan los dolores de estómago con el uso de esta bebida, aunque para ello es necesario emplear el remedio con mas frecuencia, como en efecto lo hacen, sin reparar en sacrificarlo todo por conseguirlo. Además el *gin* tiene la cualidad de ser narcótico y así, las madres dan una cucharada á sus niños cuando no pueden dormir, por todo lo cual no es extraño que se haya hecho tan general su gusto.

Este gusto se ha generalizado aun mas, desde el establecimiento de los magníficos palacios, llamados *gin temples* en los que se vende por dos ó cuatro cuartos, *gin* á cada uno de los noventa ó cien individuos de todo sexo y edad que entran á sentarse en los bancos de estos salones.

Por lo regular coloca el especulador, estos templos, en los barrios habitados por los pobres, de suerte que su suntuosidad, resalta mas y se hace mas envidiable en medio de la miseria que los rodea.

Admírase un hermoso mostrador de caoba en medio de un gran salon iluminado por el brillo de mil mecheros de gas, frisos dorados y esculpidos con maestría, espejos de gran dimension, cuantos adornos conoce la suntuosidad inglesa, se despliegan en aquellos palacios para atraer á las infelices víctimas que acuden á acabarse de arruinar, con los pies desnudos, y cubierto apenas el pecho con algunos miserables harapos, resto de los vestidos de los ricos; porque los pobres de Londres nunca se visten conforme á su condicion; sino de los desechos de las clases acomodadas, de suerte que los extranjeros quedan admirados á la vista de las pobres que les piden limosna, vestidas con un vestido de raso y un sombrero de terciopelo con flores ó con plumas.

Los *gin temples* contra los que es doloroso que el gobierno no ejerza su in-

fluencia, han provocado la formacion de las sociedades de templanza; y aunque se han apoderado de esta idea muchos filantropos de profesion, es decir muchas gentes que hablan mucho y apenas obran nada, es de esperar que los buenos ciudadanos que forman tambien estas sociedades, remedien el vicio de la embriaguez.

Se ha establecido tambien un comité de embriaguez, bajo los auspicios de la legislatura, y entre los documentos que se le han presentado, merece referirse el siguiente. En él se trata de una anciana reducida á la miseria por el uso del *gin*. Esta muger, viuda en la actualidad, dice el testigo, es abuela de uno de nuestros mas célebres cantores, bebedora de *gin*, incorregible, y madre de cuatro niños y de dos niñas, transportados todos á Botany-Bay. Despues de haber vendido cuanto poseia para procurarse su licor favorito, recurrió al espediente mas singular y extraordinario: la naturaleza, que le habia dotado con sus dones bastante ventajosamente, le habia retirado con la edad todos sus dones á escepcion de los dientes, que eran blancos como la nieve y lo mejor formados que es posible imaginar: la buena anciana viendo que no tenia otra cosa de que desapropiarse los vendió á un dentista de uno en uno, y conforme se aumentaba su pasion el dentista especulaba con su apetito, y disminuía el precio que le daba al principio. En el dia le quedan dos dientes, y el último que ha vendido le ha procurado dos reales.

Despues de su estraccion no obstante, reflexionó que era demasiado sufrir por tan poco dinero, y se fué á casa de un médico, á quien propuso la venta de su cuerpo anticipadamente. El médico consintió en ello y aun la ofreció darle cierta suma por dia, en pago de su cuerpo, pero con la condicion de que tomase cierta dosis de un medicamento cada semana, porque queria ensayar los efectos que producía. La bebedora dudó algo al oír esta proposicion y temiendo que el objeto de darla dicha medicina, fuese el de matarla mas pronto: reusó la oferta.

Este ejemplo nos enseña mucho: en él se nos representa sin velo alguno la Inglaterra: la anciana, el dentista y el médico, son tipos que jamas examinariamos con demasiada atención.

## POESIA.

### Cetrilla satirica.

Quieres que yo Dorotea



A tus encantos me rinda,  
Y que el atractivo sea  
Tan solo tu cara linda  
Y el mirar algo travieso?  
*A otro can con ese hueso.*

Y que en cambio á nís amores  
Te muestres con esquivas,  
Y al paso á otros amadores  
Obsequies algunas veces  
Cual despreciable coqueta?  
*Buen día ero es la Gaceta.*

¡Cuan amable si yo fuera  
Ciego y sordo á tus conquistas,  
Y á las instancias cediera  
De mil necios y sofistas  
Que infatuados te festejan!  
*Oste puto que retejan.*

Solo á mi tienes amor...?  
Es muy llano—ya se vé...  
Y lo esplicas con ardor;—  
Pero agrada por mi fé  
Mas á tu esbelto salero,  
*El sortú de mi casero.*

Vas á nombrarte mi dama?  
—Bien está, como quisieres:  
Mas si aspiras á mi cama  
Y cual las demas mugeres  
A darme de esposa el cebo?  
*Limpíate que estas de huebo.*

*El Fisgon.*

### A LA HIJA

DE DOÑA MARIANA PINEDA,  
PRESENTANDOLA EL DRAMA DE SU MADRE.

*No: hijos hermosos, niños desgraciados  
Sin madre quedareis.....*  
(DOÑA MARIANA PINEDA, Acto 2.º)

Te vi; quise cantar: mas de mi vida  
Huyó aquella ilusion tan encantada;  
Como flor por el cierzo desprendida,  
Y á un desierto sin límites llevada.

Y es triste al vate abandonar la lira,  
Y los brazos cruzar indiferente,  
Cuando en el polvo deshojado mira  
Un laurel que soñó para su frente.

Así; cándida Luisa, al verte, pienso,  
Y no me es dado contener mi lloro,  
Que en este corazon antes inmenso  
Apenas cabe un sentimiento de oro.

Y es tan dulce sentir...! Y es tan hermoso  
En el semblante pálido y sombrío,  
De un pensamiento grande esplendoroso  
Reflejar el sublime poderío...!

Oh! Quien me diera; virgen inocente,  
Al ver tu blonda y rubia cabellera,  
En hondo sueño sepultar mi mente,  
Y así cantarte pura y hechicera!...

Que así yo un día puede contemplarte  
En brazos de tu madre y mi heroína,  
Cuando al son del laud propicio al arte  
Con lauros adornó su sien divina.

Asi tambien en vaporosa nube  
Te imaginé del cielo desprendida;  
Mientras en las alas de un arcangel sube  
Hasta el trono de Dios quien te dió vida.

Asi tu madre al cántico sonoro  
Presidió como un angel de consuelo,  
Cual tu ostentaba los cabellos de oro,  
Y los ojos tambien de azul del cielo.

Crece pomposo, vástago florido,  
Renuevo de aquel árbol victorioso,  
De una muger que al mundo maldecido  
Dobló, cual su cantor, el cuello hermoso.

Ella perdió, como florida palma,  
Del austro al soplo, su verdor lozano;  
Mas un recuerdo nos dejó en el alma  
Eterno como el solio soberano.

Y yo?... Perdí del genio los placeres;  
Por fruto recogí vacío y pesares;  
No lloraron conmigo las mugeres,  
Y los hombres ahogaron mis cantares.

Luisa...! Canté: no canto; de mi vida  
Voló aquella ilusion tan encantada,  
Como flor por el cierzo desprendida  
Y á un desierto sin límites llevada.

*Guillermo Fernandez Santiago.*

### La hermosa vecina.

El otro día os empecé á bosquejar,  
amigos míos, una semi-pintura de este  
vicio perjudicial, mas perjudicial que lo  
que pensais; acuérdomos tambien de que  
os prometí la continuación de mis obser-  
vaciones acerca de la hermosa vecina,  
pero con gran disgusto mio me veo priva-  
do de esta inocente murmuración. Os voy  
á referir el motivo.

Entre las preciosas cualidades que  
adornan á una hermosa vecina: hay una  
en que nunca habia yo reparado hasta  
hace hoy ocho dias, justamente el en que  
me tentó el diablo para escribir varias  
ideas generales, aplicables á todas las  
hermosas vecinas y á ninguna. ¿Quien me  
habia de decir que la susodicha tentación  
me habia de deparar una escena de dos  
mil de á caballo?

Fué el caso que el mismísimo domingo  
29 del pasado, y como á las tres horas de



haberse repartido el *Entreacto* llamaron á mi puerta fuertes campanillazos que desde luego me dieron muy mala espina. A poco rato ya estaba en mi aposento una muger cubierta con un velo á la dama tapada de Calderon. Ofrecile una silla, que no aceptó, y preguntándole el motivo de verme tan honrado con su visita me dijo:

—«¿Le parece á vd. señor *Buscon*, ó señor *Diablo*, que no me sobra motivo, y aun motivos? ¿No me ha pintado vd. en el artículo de hoy con todos mis colores? Vengo á dar á vd. las gracias por el ridículo con que me ha cubierto.

—«Señora, ó señorita, repliqué prontamente, protesto que no tengo el gusto de conocer á vd. á lo menos si se obstina en no descubrir ese rostro, que sin duda debe ser hechicero.

—«Si señor, sí, hechicero; eso ha dicho vd. también; que soy la muger mas bella de toda la calle, y si no fuera por esto, pobre de vd. porque en el resto del artículo me trata á la baqueta.

—«¡Yo!...

—«Vd., vd.; niégelo ahora, despues que su firma está impresa con letras de molde.

—«Vd. se equivoca; repito que no la conozco.

—«Con que no? Y ahora? Y diciendo y haciendo levantó su velo y espuso á mis profanos ojos un palmo de cara... ¡Válgame Dios que cara!... Con deciros que me quedé con la boca abierta

Admirando aquella boca,  
Aquel rosado color,  
Y aquellos ojos de amor,  
Que vuelven á un alma loca.

no se si os digo bastante. El hecho es que yo no veia mas que su cara, que no oia mas que su cara, y que su cara me había hecho ya olvidar, su visita, sus palabras y su... su presencia iba á decir, por exagerar algo mas la idea, pero aquí me detengo. Ella que no tenia los mismos motivos que yo para estar admirada, volvió á preguntarme.

—«¿Y ahora? ¿Me conoce vd.? Y respondí como un orang-utan:

—«Tampoco.

—«¿Es mucha desvergüenza! ¿Despues que me ha llenado vd. de insultos! ¿Despues que ha dicho que desde mi balcon traigo al retortero á todos los vecinos! ¿Despues que me ha delatado á la policia!

—«Yo? Vd. sueña señora.

—«No señor, no sueño, mírelo vd.: aquí está.

¡Cual fué mi sorpresa, cuando cogiendo de mi mesa el número del *Entreacto*

que me acababan de traer, me señaló el artículo de *la hermosa vecina*!

—«Señora, por Jesucristo, ntendámonos. Este es el primer escrito que he publicado en toda mi vida.

—«Pues no lleva vd. mal principio. ¡Vaya un escritor nuevo que empieza por quitar el pellejo á todo el mundo!

—«Pero en él no ofendo á vd....

—«¿Todavía persiste vd., caballero? Yo exijo una satisfacion.

—«¿Cuidado, Señora, que es vd. capaz de hacerme condenar. ¿Quien es vd.? Acabemos.

—«¿Quien soy yo? Vaya una pregunta. Soy la... la vecina.

—«¡Ahhhh!... ¡La hermosa vecina.

—«Hermosa, ó fea, soy la vecina; pues, la vecina del cuarto segundo de hay enfrente.

—«Tengo mucho gusto...

—«¿En haberme puesto como un trapo? Pues yo le prometo á vd. que esto no ha de quedar así. Una de dos; ó me dá vd. una satisfacion en el periódico, ó...

—«¿Qué?...

—«O me mudo hoy mismo de cuarto.

—«No, eso es imposible; no hará vd. tal; eso seria matarme, aniquilarme, descuartizarme, porque desde que he visto con mis propios ojos esos ojos, esa frente, esa boca, esa nariz, esa cabeza completa, y luego ese talle, esas manos, esos pies, y... y... no he visto mas; pero desde que he visto todo esto, estoy atontado, mareado, desesperado, alocado, atonsonantado, poetizado; en una palabra enamorado como un asno. No se mude vd., no, por Dios, por la virgen, por toda la corte celestial, por el papa; porque yo prometo á vd. que aunque no la he ofendido en mi maldonado artículo, á lo menos á sabiendas, le daré públicamente tal satisfacion que quedará contenta y con ganas de hacerme señitas y arrumacos desde el balcon.

—«Y que dirá vd.?

—«Diré... diré... y lo voy á escribir ahora mismo: mi hermosa vecina es la escepcion única de todas las hermosas vecinas. ¿Está vd. satisfecha?

—«Muchísimo, con tal que se imprima.

Aquí concluyo la escena, amigos míos: ¿que quereis que os diga?

No me tacheis de inconsecuente. ¡Si conocierais á mi vecina! y aquí teneis la cualidad de que al principio os hablé, y que jamas habia yo descubierto hasta el domingo pasado.

Una hermosa vecina trastorna el juicio de los mismos que escriben contra ella.

*El Buscon.*

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.